

Capítulo 1

Dos Aves Mensajeras, un Muchacho y un Gato

La pluma se deslizaba rápidamente por el papel; primero para tratar de resolver unos problemas de matemáticas, para después pasar a escribir la respuesta a una carta que tenía que enviarse con urgencia.

El chico que sostenía la pluma no pasaba de los catorce años, aunque parecía algo mayor; tenía rasgos asiáticos no tan marcados, y el cabello negro como la noche que le llegaba a la mitad del cuello, era bajo de estatura para su edad, además de tener unos anteojos que le quedaban algo flojos, por lo que tenía que estárselos acomodando a cada rato frente a sus ojos del mismo color de su cabello.

Junto a él se encontraba un gato gris atigrado sumido en un ligero sueño sobre el escritorio en el que el joven no le daba tregua ni al papel ni a la pluma. Entre movimientos de orejas y ronroneos, el felino descansaba al tiempo que prestaba atención a su alrededor, pero no como todos los gatos lo hacían, pues no se trataba precisamente de un gato común.

Al terminar de redactar la carta, el muchacho dobló con mucho cuidado el papel, y justo se levantó del asiento para buscar un sobre y mandarla, cuando unos suaves golpes en la ventana hicieron que se detuviera en seco.

El gato levantó la cabeza sin abrir los ojos y aguzó el oído, y el chico esperó hasta que volvieron

a escucharse los golpecitos en el cristal para ver si no se habría confundido. Suspiró y dejó la carta en el escritorio al tiempo que el felino se desperezaba y bostezaba para después bajar al piso de madera.

Al apartar la persiana y escrutar entre la obscuridad, ambos descubrieron a una pequeña ave blanca con un pequeño tubo en la espalda amarrado con un arnés a modo de mochila, que intentaba entrar a la habitación.

—Qué oportuno...—susurró el muchacho para sí antes de tomar un saquito que estaba en el escritorio, y abrir la ventana para dejar pasar al níveo pájaro, el cual entró con urgencia y se posó en uno de los estantes del librero que se encontraba sobre el escritorio.

El felino apenas lo volteó a ver antes de subirse de un salto a la cama del muchacho y acurrucarse nuevamente, pero sin dejar ni un momento de prestar atención con el oído.

El chico se apresuró a cerrar la ventana para que el frío otoñal no entrara, y observó por un momento al exterior: se encontraba en el quinto piso de un bloque de departamentos, y frente a él se extendía un parque, justo en el que se había encontrado hacía ya unos años al felino que ahora yacía acostado en su cama, aunque ahora los árboles lucían desnudos y apagados.

El ave batió las alas con impaciencia y dio unos saltitos hasta que el chico llegó frente a ella y extendió el brazo para que se posara. Así, la pequeña criatura planeó hasta su brazo, esperó pacientemente a que el muchacho sacara el mensaje que contenía el pequeño tubo en su espalda, y ladeó la cabeza al ver que el chico lo dejaba en el escritorio y procedía a sacar unas semillas del saquito, las cuales le ofreció a al avecilla, quien las aceptó con alegría.

En cuanto terminó, el ave mensajera esperó a que el chico volviera a abrir la ventana para levantar el vuelo de regreso hasta su amo, a pesar del tremendo frío. Y es que tampoco se trataba de un ave común, sino muy por el contrario...

Al tomar el mensaje de vuelta y sentarse en la cama junto al gato, éste abrió los ojos y levantó la mirada, interrogante: también quería saber de qué se trataba el mensaje.

—Seguramente es de Tukeim; la última vez que lo vi me dijo que no encontraba su espejo.—respondió el humano al sentir la curiosidad del felino en su mente, al tiempo que se acomodaba los anteojos y desdoblaba el papel.

Ambos esperaron un par de segundos hasta que el chico comenzó a leer en voz alta:

—«*Mensaje de urgencia de nivel A para el aprendiz Haru Sean Nóvikov, practicante de tercer nivel de invocaciones.*»—comenzó el muchacho, y ambos, gato y humano, intercambiaron miradas de curiosidad y expectación—«*El Concejo Superior de Magia con sede en el país, a través del Concejo de Cuidado de Criaturas Mágicas, le informa de la manera más atenta sobre la nueva tarea que le ha sido asignada para completarse a la brevedad posible. La misión es del tipo S, por lo que se recomienda máxima discreción.*

»*Se ha levantado un reporte de avistamiento de una criatura, lugar cercano a la zona donde usted reside que ha quitado vidas humanas. Se ha aprobado su solicitud para presentar la prueba de segundo nivel, por lo que tendrá mención esta tarea en próximas relaciones con el Concejo, además de posibles ascensos.*

»*Se le pide ir al lugar abajo especificado a buscar información sobre posibles culpables, guardando siempre la seguridad y discreción en el mundo humano, y en caso de encontrar agresividad, enviar a la criatura inmediatamente al lugar correspondiente con un*

transportador instantáneo que le será entregado a la brevedad.»

—No es cierto...—logró escapar de los labios de Haru con un aire de incredulidad—¿Crees que sea algún tipo de broma, Perser?

El gato lo observó con detenimiento y se acercó más a él para ver el mensaje.

«*Tiene sello*» logró percibir el muchacho en su mente. Hace un par de años su instructor de magia, Tukeim, había comenzado a enseñarle cómo comunicarse con sus guardianes, Perser y Kelix, pero pareciera que Haru no tenía aptitud para ese tipo de comunicación, por lo que sólo lograba percibir sensaciones, imágenes y a veces frases cortas. En cambio, sus guardianes lograban comunicarse a la perfección entre ellos.

—Es verdad...—asintió él al encontrar el sello de los Concejos, y dos firmas oficiales de los representantes.

Justo entonces volvieron a escucharse golpecitos en el cristal de la ventana, y el chico dejó el mensaje a un lado antes de ponerse en pie para volver a abrir la ventana y darle paso al gélido aire.

Volvió a entrar otra ave idéntica a la anterior, y esperó a que el chico extrajera el pequeño artefacto con la forma de un pequeño tubo de metal.

Al abrirlo, descubrió algo de tierra; era un transportador instantáneo del tipo local. Así, sólo tenía que ingeniárselas para que la criatura tocara la tierra, y pronunciar el hechizo correspondiente que le enviaría directo a un lugar donde estaría vigilado y no podría lastimar a nadie más.

Haru suspiró, exhausto y emocionado a la vez... no podía fallar: era su primera misión del tipo S... algo que seguramente le permitiría estar aún más cerca de cumplir su sueño de ser parte del Concejo algún día.

El chico dejó marchar al mensajero en la noche, y observó mejor el tubo.

Si bien existían dos tipos de transportadores (instantáneos y de distancia) la mayoría de las veces Haru prefería hacerlo de la manera normal, pues llegaba a sentirse muy mal después de usar uno u otro: mareos, náuseas y dolor de cabeza, eran los síntomas que sufría cuando hacía uso de algún transportador instantáneo.

Pero se relajó, pues no era para él. No podían demorarse más: tal vez más vidas se perdieran mientras pensaba eso.

—Vamos, Perser—le indicó al gato atigrado mientras éste se desperezaba tranquilamente antes de bajar de un salto de la cama—. Será más fácil por la ventana...

A pesar de estar en el quinto piso, la altura no sería problema gracias a su amigo.

El muchacho se cambió rápidamente con ropa cómoda y se abrigó bien: no pensaba ir a luchar contra una posible bestia sanguinolenta en pijama, pero se apresuró cuanto pudo, ¿y si por detenerse más tiempo más personas perdían la vida?

Tomó un estuche de tela púrpura que estaba en el escritorio, el cual contenía un peculiar mazo de cartas un poco más alargadas de lo normal y con nombres distintos. Se guardó las cartas y el tubo con el transportador entre las ropas, y se ajustó las gafas una vez más, ahora por los nervios.

Perser le infundió ánimo y garantía de seguridad con la mente, y él le agradeció de igual manera.

Un segundo después, Haru procedió a apagar la luz de su habitación, a abrir la ventana con todo el silencio del que fue capaz para otear el exterior en busca de cualquier testigo que pudiera ponerlos en peligro.

Libre.

Asintió en silencio antes de retroceder dos pasos y darle espacio al gato atigrado para que saltara a la cornisa de la ventana. Perser parpadeó, emocionado, pues deseaba ya tomar su otra apariencia.

El felino se impulsó con las patas traseras y, con un elegante salto, se precipitó al frío aire otoñal. Haru se acercó a la ventana con prisa y sacó la cabeza justo para ver cómo su amigo cambiaba su tamaño por uno mucho más grande; con colmillos más impactantes, cuerpo menos flexible pero más fornido, y un espeso pelaje parecido en parte al de un leopardo, pero gris claro y oscuro.

Pero lo más extraordinario de la criatura, eran sus magníficas alas emplumadas que le nacían del lomo con su transformación: con sedosas y grandes plumas cenicientas que le permitían volar hábilmente por el cielo.

Perser estaba a dos metros de chocar contra el pavimento cuando terminó de transformarse, por lo que abrió las alas con suavidad para posarse en silencio sobre la acera, segundos antes de volver a dar un salto, pero esta vez para ascender.

Cuando el muchacho lo tuvo frente a sí, ambos sonrieron con complicidad, y el gran felino de casi metro y medio de altura esperó a que su protegido se subiera a su lomo y se asegurara.

El ambiente helado de la noche de Moscú recibió a Haru como mil agujas de hielo clavándose en su rostro y manos y, aunque podría usar algo de magia para conservar calor, prefería guardar toda la energía posible para la tarea que le habían asignado: no sabía en realidad a lo que se enfrentaba.

—¿Iremos por Kelix?—salió entonces de la boca de Perser con un tono grave. Otra cosa magnífica de la transformación de algunos guardianes, por cierto, era que podían hablar.

No todos los guardianes podían transformarse, ni todos podían hablar ya en su forma de guardián, pero los dos que protegían a Haru (Perser y Kelix) tenían ambas habilidades.

—Vayamos rápido a investigar, pero dile de la situación.—indicó el muchacho al tiempo que se acomodaba los lentes. El gran felino asintió en silencio, y entonces se elevaron aún más para dirigirse a la dirección que decía la carta: al norte.

—Cerca del aeropuerto—comentó Haru cuando terminaron de ascender—, ¿Te acuerdas del incidente de los perros invisibles? Es cerca de ahí.

Perser asintió con la mente: recordaba perfectamente el caso de los canes que habían bebido una poción de invisibilidad por error hacía ya más de un año, y habían causado terror y curiosidad entre los humanos de la zona. harían unos veinte minutos volando, cuando mucho, tiempo suficiente para poner a la guardiana al tanto de la situación.

Así, el chico humano y el guardián alado sobrevolaron una parte residencial de la ciudad para luego llegar al bosque... tendrían que cruzar una parte para acortar la distancia hacia donde se había visto la supuesta bestia y de esa manera era menos probable que alguien los viera.

Aunque para eso estaban los asperè; las pequeñas criaturas parecidas a las hadas con piel azulada que se encargaban de proteger el velo entre el mundo humano ordinario, y el mundo sobrenatural y mágico.

Justo las luces de la ciudad fueron reemplazadas por copas de tupidos árboles, cuando el muchacho recordó la primera vez que había escuchado de aquellos seres, y de la primera vez que había visto a uno... en realidad no es que se dejaran ver muy seguido, sino al contrario.

—No te preocupes: si resulta ser algo peligroso, Kelix y yo nos haremos cargo, eso tenlo por sentado—aseguró Perser después de un rato, cuando ya faltaba poco para cruzar el límite del bosque—. Esperemos que no tengas que usar el báculo.

—No es necesario—garantizó el mago con una sonrisa—, tengo que hacerlo yo: si no los superiores creerán que no valgo por mi cuenta, y si llego a necesitar el báculo, será una buena práctica de control de energía, ¿no lo crees?

Había veces que el mago requería el uso de un báculo para lograr controlar la energía de varias cartas a la vez, objeto que invocaba de ser necesario. Éste medía poco menos de un metro, era de un color ambarino, y en un extremo tenía a dos círculos que encerraban a una cerúlea estrella de cinco puntas.

—No estoy de acuerdo: a veces necesitamos ayuda de otros, sobre todo cuando las cosas se ponen difíciles.—continuó el guardián. Y nadie añadió nada más.

Unos segundos después divisaron las luces de un edificio.

—Debe ser el lugar: el aeropuerto está todavía más allá, así que ése debe de ser el punto donde vieron a la bestia.—comentó Haru mientras volvía a ajustarse las gafas y metía una mano en el bolsillo de su chaqueta para tomar las cartas, preparado para invocarlas en cualquier segundo.

—Perfecto: veamos que tantos problemas te ha regalado el Concejo.—sonrió Perser comenzando a descender hasta estar casi rozando las copas más altas. Cuando las primeras luces estuvieron a un kilómetro de distancia, el felino descendió hábilmente entre los árboles y el muchacho bajó de su lomo aún antes de que el guardián tocara el suelo.

A ninguno de los dos le sorprendió descubrir la figura de un pequeño ángel sentado en una rama baja.

—No puedo creer que los del Concejo te hayan dado esta misión: si te fías demasiado de ellos y te dejas hacer por palabras bonitas, te traerán como un mandadero faldero.—fue el saludo de Kelix al verlos. La guardiana llegó hasta ellos con la ayuda de sus alas y quedó frente al chico.

—También nos alegramos de verte, pajarito.—la saludó el felino con una socarrona sonrisa y una ceja arqueada.

—No estoy hablando contigo, gato mimado: Deberíamos de avisar al Concejo que es algo de un nivel que se nos escapa... o por lo menos pedir que manden a alguien que nos apoye.—continuó ella cruzándose de brazos, ante el puchero de desagrado de Perser.

Haru frunció el ceño: no muchas cosas lograban alertar a Kelix de esa manera.

—¿Ya revisaste la zona?, ¿Qué logras...?—el mago no consiguió terminar la pregunta, pues los tres escucharon gritos humanos provenientes de la zona urbanizada.

El chico no tardó ni dos segundos para subirse otra vez a lomos de Perser, y de esta manera, mientras el felino corría, Kelix los seguía volando.

—No es tan sencillo.—comenzó a explicar la guardiana—no he conseguido verle, pero hay varios cadáveres de humanos por la zona.

—¿Cuántos?—cuestionó el muchacho.

Sí...¿Cuántas vidas perdidas, tal vez por no haberse apresurado más, o por haberse cambiado de ropa?

—No estoy segura, tal vez unos treinta o cuarenta. La mayoría eran adultos, pero había unos cinco niños por lo menos: debieron de haberse dado más prisa.—respondió secamente. Ella nunca se iba

con miramientos a la hora de contar hechos, así que el chico recibió la noticia como una daga al cuello... y el felino pareció darse cuenta, pues le dirigió una mirada de advertencia a la guardiana, quién lo ignoró. Seguramente comenzarían a discutir en sus mentes.

Al alcanzar la reja, ambos guardianes la pasaron de un salto al aire, y prestaron atención.

—Por allá.—indicó Perser mirando hacia uno de los edificios, que parecía ser un hotel. Pronto los tres se dirigieron hacia el lugar, Haru listo para invocar una de las cartas si hacía falta. Pero no fueron cadáveres lo que encontraron, sino dos mujeres y dos hombres que rondarían los veinticinco años de edad. Por instinto, Perser recuperó su forma pasiva de gato atigrado en un segundo, y Kelix se ocultó tras el muro.

Al ver al chico y al gato, los jóvenes le indicaron que se acercara en silencio, y él así lo hizo, alerta.

—¿Dónde están tus padres, niño?—inquirió uno de los hombres, que tenía el pelo largo y negro.

—No preguntes eso, Kiv—lo regañó una de las chicas dándole un codazo: seguramente pensaría que estarían muertos—. Ven con nosotros, no te preocupes. Tenemos armas.

—¿Ustedes vieron a la bestia?—preguntó Haru, observando a Perser por si pasaba algo.

—No, pero escuchamos los gritos, vimos los cuerpos tirados y gente agonizando. Ellos sí que la vieron—comentó el otro hombre, más bajo de estatura que el otro y era moreno de piel—. Dijeron que era como un demonio negro con cuernos, y los ojos rojos.

—Vamos.—susurró una de las chicas de cabello rubio y rizado al tiempo que les indicaba con la mano rodear el edificio. Así lo hicieron, en

silencio y lentamente, mientras el gato le pisaba los talones al chico.

—¿Es tuyo?—preguntó la que parecía menor de todos, una chica de unos veintidós años, con un gorro tejido y gafas. Haru asintió en silencio, y ella sonrió.

Al llegar a la esquina del hotel, escucharon unos disparos y un rugido. Uno de los hombres se asomó por la esquina con una pistola listo para atacar, pero no vio nada que llamara su atención más que algunos cuerpos en el concreto.

Segundos de tensión después, de un segundo a otro se encontraron en completa oscuridad: alguien había cortado la electricidad.

—Maldita sea...—susurró una de las chicas, mientras otra abrazaba a Haru para intentar protegerlo. Si supiera que él los protegería a ellos...

Con carta en mano, el muchacho se separó y corrió en la dirección por la que habían venido hasta doblar la esquina del edificio, a pesar de las advertencias de las personas con las que había estado.

—Bien, ya está.—susurró para sí antes de que Kelix llegara a su lado. Perser volvió a transformarse en guardián alado, y gruñó al olfatear el aire.

—No me gusta: algo se acerca.—advirtió.

Rápidamente, el mago extrajo la carta de *Imitatsiya*, que se mostraba como un zorro vestido con una túnica y un espejo—la cual tomaba la figura de quien quisiera—para que fuera con los jóvenes con los que había estado y tratar de conseguir más información.

Colocó la carta frente a sí y concentró energía hasta que se iluminó con un halo ambarino.

—Por favor toma mi forma y ve con los humanos que están en la esquina de este edificio; trata de descubrir qué pasa y protégeles,

Imitatsiya.—susurró el mago un segundo antes de que la carta se esfumara, y un chico idéntico a él se materializara justo en frente.

—Hecho está.—sonrió con altanería la carta que había adoptado la forma del mago, e imitaba a la perfección su manía de acomodarse las gafas.

Y mientras *Imitatsiya* iba con los jóvenes con los que se había cruzado antes, Haru sacó otra carta con la figura de un perro persiguiendo su cola: *Treker*.

—No gastes mucha energía.—sugirió Perser.

—Ya sé.

Avanzaban con cautela por el otro lado cuando se escuchó un bramido hacia donde había ido *Imitatsiya*, segundos antes de metal golpeando.

Todo sucedió demasiado rápido.

Al doblar la esquina, descubrieron a una imponente sombra abalanzarse con un arma parecida a un hacha sobre *Imitatsiya* y los jóvenes, y en el mismo tiempo de un parpadeo, Haru ya tenía preparadas dos cartas: concentró energía en la palma de su mano, e invocó al báculo en su mente, el cual apareció con un haz de luz que alertó a la bestia.

«*Por favor, protégelos*» suplicó en su mente antes de usar la carta de *Shchit*, que mostraba a un lobo gris con armadura mostrando los dientes.

La carta del escudo se desvaneció, y al tiempo que Haru sentía cómo absorbía de su energía, *Shchit* se materializó corriendo hacia el grupo de humanos y desaparecía para convertirse en una protección invisible entre ellos y el monstruo sanguinario. Un segundo antes, el chico ya tenía preparada la siguiente carta, que se representaba como una libélula con varios soles de fondo.

«*Que sus mentes vean a una bestia ordinaria, y se convenzan de que lo mágico sigue siendo fantástico, ¡Nadezhda!*» y con esas palabras, el báculo absorbió más energía del chico y la dirigió a la carta de la

ilusión. Al desaparecer, una libélula etérea se dirigió como un rayo hacia *Shchit*, y se fusionó con él, provocando que los que estuvieran en su interior vieran, no a una terrible bestia sobrenatural, sino a un animal silvestre muy enojado.

Había funcionado.

La bestia huyó tan rápido como pudo, y utilizó su arma para destrozarse la reja cuando llegó a ella. El muchacho corrió tras él, maldiciéndose por no haber sido más rápido: ¡Tenía que enviarlo con el transportador instantáneo! Al correr, sacó el pequeño tubo con tierra, preparado para cualquier oportunidad que se le presentase.

Pasó el enrejado y siguió los pasos y el ruido de la criatura con cuernos. ¿Qué sería, según todo lo que había estudiado? ¿Un sátiro? Improbable por su complexión y la forma de atacar, ¿Quilín? No, ellos andaban en cuatro patas aunque también tenían cuernos. ¿a caso sería...? No, imposible: estaban extintos.

Y mientras la adrenalina corría por su cuerpo e intentaba correr más rápido, pues sentía que recuperaba energía, la criatura paró en seco y corrió en dirección contraria: hacia el chico. Haru sólo reaccionó cuando estaba a menos de dos metros, lo justo como para intentar extraer una carta, la que fuera, de su bolsillo. Pero lo último que vio fueron unos intensos ojos carmesí inyectados en sangre, antes de que el ser rugiera en su cara, aturdiendo al muchacho.

Pero no hizo más: justo un segundo después, la criatura retomó su huida y se perdió en la espesura del bosque, que lo recibió cálida y alegremente.

Por un segundo pensó que su corazón explotaría en su pecho: la adrenalina estaba al máximo, y un sudor frío le recorría la frente y la nuca. Se quedó paralizado por un minuto, hasta que logró reaccionar y regular su respiración para

intentar sosegar, pero el par de ojos rojos penetraban en su mente, como queriéndole advertir de que sufriría el mismo destino que aquellas personas que ahora yacían esparcidas en el asfalto cuales hojas en otoño.

Algo no encajaba, ¿por qué no lo había hecho, por qué lo había dejado vivir? No tenía sentido si se ponía a reflexionarlo: no había tenido reparos en asesinar a sangre fría a muchos humanos, incluso niños... entonces, ¿por qué?, ¿Qué tenía él de especial?

Regresó para pensarlo con más claridad: debía de volver con las cartas y asegurarse de que los sobrevivientes estuvieran bien, y que su hechizo de ilusión hubiera funcionado; tenía que alterar las cámaras de seguridad, socorrer heridos... no valía la pena tratar de perseguir a la criatura si suponía más muertes.

De esta manera, el joven mago regresó el báculo, y regresó por sus pasos hacia la zona urbanizada, y se encontró con Kelix y Perser en su forma de guardián.

—¿Estás bien, lo conseguiste?—preguntó el felino, aún alerta. Pero el chico negó en silencio, con la mirada baja.

No, no lo había conseguido. Y nadie hizo más preguntas al respecto.

—Necesito que me ayuden a alterar las imágenes de las cámaras de seguridad... No, más bien borrar lo sucedido de este día: no será difícil si nos ayuda *Nadezhda*; puede usar su habilidad de ilusión para alterar las cámaras, ¿no?—pensó Haru, sintiéndose más cansado a cada segundo, pues no tenía dos sino tres cartas activas al mismo tiempo que le consumían energía—Podría usar a *Treker* para buscar todas las cámaras...

—No habrá problema, confía en nosotros. Sube—Perser se inclinó un poco para facilitarle el

ascenso y recorrer lo que quedaba de camino y, al llegar, Perser regresó a su forma pasiva, y Kelix plegó sus alas para caminar a su lado; todo seguía oscuro y, aunque no tardarían en conseguir luz de algún lado o llegaran las autoridades, tenían que apresurarse y terminar el trabajo.

—Iremos a alterar las cámaras y buscar heridos que necesiten atención urgente, nos comunicaremos por la mente, ¿está bien?—propuso Perser cuando el chico invocó nuevamente a *Nadezhda*, y éste asintió en silencio. Los guardianes fueron a realizar la tarea con rapidez, no sin antes dirigirle una última mirada al chico.

El joven mago caminó entre los cuerpos buscando supervivientes, hasta que recordó a las personas que habían intentado protegerlo, ¿dónde estarían?

Caminó un poco hasta descubrir movimiento dentro del hotel y, con una carta en mano, entró en el edificio.

Así Haru encontró a los jóvenes que lo habían querido ayudar; estaban escondidos en el primer piso, intentando ayudar a unos heridos. *Imitatsiya* estaba con ellos, cuando sintió su presencia, levantó la mirada y sonrió.

Fue hacia el chico sin decir nada, cuidando de no llamar la atención de las demás personas en la sala.

—Tal parece que no hemos tenido éxito—sonrió el muchacho idéntico a Haru con una maliciosa expresión, como burlesca—. Bueno, aquí tienes.

Y el mago observó como la carta le tendía a *Shchit* y a *Nadezdha*.

—De nada; un placer... —comentó *Imitatsiya* mientras el chico las recibía con sorpresa—Estabas gastando demasiada energía innecesariamente, lo sabes. Para mí, que mi maestro muera por una

estupidez cuando pude haberlo evitado, sería una deshonra y todas las demás me odiarían. Además, las dos coincidieron con eso.

Haru no sabía cómo reaccionar o qué responder: *Imitatsiya* siempre se comportaba así desde que había conseguido esencia propia, después de unas semanas de haberla creado, y últimamente actuaba por su cuenta como un ser completamente individual.

—Gracias.—se limitó a responder. La carta cerró suavemente los ojos e inclinó la cabeza un momento para devolverle el gesto.

—Necesitas algo más de mí, ¿no?—sospechó *Imitatsiya* arqueando la ceja. Siempre era muy astuto y observador, como un zorro. El chico asintió con la cabeza y se ajustó las gafas.

—Préstame tu poder para parecer un oficial de policía, no tenemos mucho tiempo; las autoridades están a punto de llegar.

La carta asintió y se desvaneció en el aire en un cerúleo y etéreo halo, para después invadir el cuerpo del chico y transformarlo en el de un hombre que rondaría los cuarenta años, de piel blanquísima y cabellos de un suave ambarino, vestido con el uniforme y una placa.

Haru, ahora convertido en un oficial, caminó fingiendo estar alerta y saber lo que estaba haciendo.

—No teman, ya están a salvo, tranquilos.—les dijo examinando a las personas que se encontraban en la sala. No sólo estaba el grupo de jóvenes, sino otras personas que habían conseguido esconderse y sobrevivir.

—¡Ya era hora, hay muchos heridos!—saltó la chica de cabello rubio y rizado.

—Los refuerzos y la ayuda están a punto de llegar, pero necesito que me ayuden a tratar de aclarar un poco todo esto—les aclaró el policía ante

la atónita y desconfiada mirada de todos los presentes—. Comprendo que estén muy asustados, y que haya bastantes fallecidos y heridos de gravedad, pero esta información es crucial para evitar que vuelva a pasar algo así. Necesito que me respondan qué es lo que causó esta masacre.

Nadie habló, sino que desviaron la mirada. Sólo hasta que un hombre moreno caminó hasta el mago, los demás voltearon la mirada.

—Era un monstruo, ¡un demonio, más bien! Con cabeza de toro, ojos rojos y cuernos. ¡Era gigante!

¿Se refería a un minotauro? Pero si tenía entendido que estaban extintos desde hace varios siglos...

—¡No es eso!—contradijo uno de los jóvenes con los que había estado y que había sido afectado por la magia de *Nadezhda*, la carta de la ilusión—Era más bien como una pantera gigante, no estoy seguro, pero nada de monstruo.

—¿Y crees que un animal normal podría haber hecho esto, imbécil?—intervino otra persona, fuera de sí.

La situación estaba comenzando a salirse de su control: tenía que hacer algo. ¿Y si pedía ayuda a los asperè? Después de todo era su trabajo velar por que ese tipo de cuestiones no sucedieran.

—¡Esto es estúpido!—los cortó la chica de gorro tejido y gafas, llamando su atención—Hay un monstruo, animal o lo que sea ahí afuera capaz de asesinar a decenas de personas, ¡y ustedes van a comenzar a darse de golpes como niños bobos!

Haru iba a agregar algo para tratar de poner todo bajo control, cuando escuchó una suave melodía proveniente del exterior que comenzaba a acercarse rápidamente.

Los refuerzos.

Los asperè son los encargados de cuidar y proteger el velo sobrenatural, por la simple razón de que, por algún curioso y extraño motivo del cuál aún no se sabe el por qué, personas que no tienen nada que ver con este mundo no pueden verles, y sus habilidades funcionan perfectamente con ellos para confundirlos o hacerlos olvidar.

Nadie más que aquellas personas que pertenecían al mundo mágico o sobrenatural podrían escuchar aquella canción como él lo hacía: para las otras personas sólo era el sonido del viento.

Salió sin una palabra más: ya tenía la información que necesitaba. Así que para cuando las personas en la sala se dieron cuenta que se iba, los asperè ya trabajaban con ellos para alterar sus recuerdos y cegar sus miedos. Uno a uno, los humanos entraron en un estado de trance, guiados por los guardianes del secreto de la magia, y olvidaron aquél monstruo con cuernos y hacha por arma. Ya no le correspondía estar ahí, sólo estorbaría.

Así que salió del edificio apresuradamente: lo único a lo que debía enfocarse ahora era en tratar de salvar a más personas y auxiliar heridos.

El chico deshizo el hechizo de *Imitatsiya* y recuperó su verdadera forma, le agradeció a la carta, y ésta volvió al mazo que el mago atesoraba en su bolsillo.

Aunque su magia no se especializaba en sanación, logró ganar más tiempo para aquellos con heridas mortales gracias a la carta de *Vremya*, la cual mostraba a una liebre en dos patas frente a un reloj de arena mas grande que ella. La liebre del tiempo saltó sobre los heridos que Haru le indicó para ralentizar su tiempo hasta que las ambulancias y los médicos llegaron unos minutos después.

De esta manera, Kelix y Perser encontraron al mago y se adentraron en la espesura del bosque

justo cuando las ambulancias y la policía llegaron con prisas; para aquél entonces los asperè ya habían terminado su trabajo y se habían vuelto a ocultar en el bosque, aunque unos pocos se habían quedado a revisar la zona por si acaso descubrieran a alguno que se hubiera escondido de su embriagador hechizo.

Para cuando los paramédicos subían a los primeros y más graves heridos en las ambulancias y comenzaban a atenderlos, y los policías entraban en los edificios aún en tinieblas, Haru y sus guardianes ya estaban preparados para retirarse.

—Podría quedarme aquí y avisarles si algo más sucede. Creo que sería lo más práctico.—sugirió Kelix. Perser y el mago intercambiaron miradas, pero al final el chico estuvo de acuerdo, aunque le pidió tener extremo cuidado de no exponerse al peligro.

Cuando el chico subió a lomos del felino alado para regresar, logró distinguir las miradas de varios asperè que lucían agradecimiento y pena al mismo tiempo en sus pequeños y cerúleos y verduzcos rostros. Nunca dejaban que les vieran, ni las personas con habilidades mágicas y, sólo por eso, Haru entendió el significado de aquella manifestación: de verdad le agradecían y se disculpaban por no haber actuado antes.

¿Y si ellas sabían algo más? Haru bajó de Perser y, al querer acercarse a los guardianes del secreto del mundo mágico, las pequeñas criaturas desaparecieron en un parpadeo.